

OTEIZA, Jorge. *Poesía*. Ed. Gabriel Insausti. Trad. José Luis Padrón y Pello Zabaleta. Orkoien: Fundación Museo Jorge Oteiza Museo Fundazioa, 2006. 828 pp. (ISBN: 978-84-922768-4-4)

La figura de Jorge Oteiza se ha visto siempre rodeada de actitudes polémicas. En parte por el propio carácter belicoso del protagonista, pero también por sus intereses e inquietudes políticas, por sus reflexiones sobre el espacio o por su particular manera de interpretar la religión. Todo ello ha afectado a los distintos acercamientos que no sólo la opinión pública sino también la crítica de arte han hecho sobre la obra del escultor vasco. Asimismo, con frecuencia se han enfocado sus escritos desde esa perspectiva ideológica o política, que sin duda está presente y explícita, pero que no debe impedir que se puedan estudiar desde un punto de vista histórico, literario o filológico.

De hecho, Oteiza concedía un valor propio a su obra literaria, de manera particular a la poesía. Su interés por la lírica, como documenta Nial Binns en el primero de los estudios introductorios de la edición que aquí se presenta, data de sus primeros viajes a Chile por los años 30, en el momento en el que la vanguardia literaria hispanoamericana estaba en su punto álgido. Sin embargo, no se conocen poemas suyos anteriores a los años 50. Es en esa década cuando ve a la luz su primer poemario, *Androcanto y sigo* (1954) en una edición muy limitada que pasó prácticamente desapercibida. El contexto de esta publicación (la polémica alrededor de la fachada del Santuario de Arantzazu), comentado por Ascunce en su artículo, nos indica la estrechísima relación que hubo desde el principio entre la obra plástica y literaria de Oteiza, y justifica de algún modo el hecho de que durante mucho tiempo sus poemas se hayan trabajado simplemente como apoyos documentales para la crítica de su obra escultórica. Durante décadas, Oteiza sólo publicó poemas sueltos en revistas y catálogos: hasta 1990 no volvió a recoger sus poemas en un libro. La editorial Pamiela publicó en esa fecha *Existe Dios al noroeste*, obra que reúne prácticamente toda su obra poética hasta el momento y que apenas contó con dos o tres reseñas en el ámbito de la crítica literaria. Dos años más tarde apareció *Itziar: elegía y otros poemas*. Tampoco los estudiosos de poesía se hicieron eco de lo que muchos consideraron como una nueva extravagancia del polémico artista. Por todo ello, aunque no se puede decir que la obra poética de Oteiza fuera desconocida hasta hoy, sí se puede afirmar que no se había estudiado apenas como producción de valor independiente. Por eso, la edición que Gabriel Insausti presenta de la *Poesía* de Oteiza tiene un valor singular, ya que implica la inclusión de este autor en el mundo académico de la literatura.

En este sentido, la aportación es muy completa. Por un lado, presenta nueve poemas no recogidos en volúmenes y con ellos reúne las obras poéticas completas de Oteiza. Las acompaña de cuatro interesantísimos anexos que vienen a resultar una muestra escogida de la poética oteiziana, de sus ideas teóricas y de algunas políticas. Por otro lado, se trata de una edición crítica, con notas de variantes y ricas explicaciones. Insausti presenta también una bibliografía descriptiva en la que incluye los libros utilizados para la edición pero no una bibliografía crítica completa, ya que –

justifica— los títulos que podrían citarse son pocos y, en su mayor parte, apenas algo más que una reseña. Otro valor muy importante de este libro es la traducción íntegra de la obra poética oteiciana al euskera, tarea que ha corrido a cargo de José Luis Padrón y Pello Zabaleta. Siendo todo esto la base imprescindible para que esta obra se convierta en punto de referencia para el estudio de la poesía de Oteiza, en mi opinión lo más valioso del libro son los cinco artículos de fondo que se recogen sobre la obra oteiciana, que abren el camino para un estudio detenido de la escritura de este difícil poeta.

El primero de estos trabajos, como ha quedado dicho, está firmado por Nial Binns, experto en literatura hispanoamericana, que analiza la estancia en Chile de Oteiza durante los años treinta y cuarenta. Explica cómo el escritor vasco llegó a Santiago de Chile en 1935 en un viaje del que apenas tenemos noticias pero cuyo fin parecía ser estudiar las artes precolombinas. Describe cómo al llegar se encontró con un país que estaba viviendo un momento de gran efervescencia literaria: la vanguardia y sus polémicas habían invadido la vida pública y política. Tres autores, Huidobro, de Rokha y Neruda, se disputaban el protagonismo en el mundo poético, tan relacionado en esos años con el de la pintura y la escultura. Binns afirma que el tono agresivo de muchas de las intervenciones artísticas y políticas de Oteiza hunde sus raíces en este ambiente en el que, con 27 años y una única exposición a sus espaldas, debió abrirse camino como escultor.

Es en este contexto en el que hay que situar la verdadera apertura del oriolano a la literatura contemporánea. Oteiza había sentido inquietud por la lectura desde muy joven, pero sus géneros más frecuentados eran el ensayo y la novela. En los años chilenos se adentra en el mundo de la poesía a través de su vertiente más experimental y radical, y es en ese ambiente literario, abierto e internacional (entre sus autores favoritos por aquellos años se encuentran Huidobro, Whitman y Mallarmé), donde se va forjando su estilo poético. Por tanto, ya desde este primer artículo el lector advierte que la poesía de Oteiza no es simplemente un capricho de quien es realmente un escultor, sino fruto de detenidas lecturas, en las que el guipuzcoano sabe desentrañar y distinguir los temas de fondo, el trasfondo filosófico o ideológico, así como apreciar los recursos formales, muy especialmente los que proceden de las vanguardias (dentro de ellas, le atraen de manera especial los utilizados por el creacionismo).

Félix Maraña, especialista en estudios vascos, es uno de los mayores expertos en la obra de Oteiza, tanto en su vertiente plástica como literaria. En su estudio, “Las palabras y el corazón del hombre: Oteiza y los poetas vascos en castellano”, analiza las relaciones del escultor con otros autores unidos con él por raíces geográficas, intelectuales y expresivas. La convicción del guipuzcoano de que la tierra vasca era una entidad cultural de valor propio le llevó desde joven a mirar con gran interés la obra de sus coterráneos. Admiró mucho la obra de sus mayores, especialmente de Unamuno, con quien le unen los rasgos de contemplación y visión agónica de la existencia, así como las reflexiones sobre lo sagrado, la muerte o el trasfondo bíblico, y de Baroja, de cuya obra apreciaba la estructura narrativa y su modo conciso y

rápido de expresarse. Las relaciones con los escritores de los años 50 y 60, habitualmente llamados “sociales”, son diferentes, ya que le unen lazos más cercanos: con Gabriel Celaya y Joaquín Gurruchaga comparte el cultivo de artes plásticas y literarias (eran ambos pintores y poetas) y el interés por los lenguajes vanguardistas, en concreto por el primer constructivismo ruso. Las relaciones entre ellos llevarán a una mutua influencia, que puede registrarse de manera especialmente clara en la huella que dejó Jorge Oteiza sobre Gabriel Celaya. También con Blas de Otero le unió una gran amistad, que se reforzó cuando coincidieron en verano de 1969 en Arantzazu y pudieron dialogar con frecuencia a lo largo de varias semanas. Maraña hace un panorama completo y explica también las relaciones de Oteiza con otros poetas que trató menos, como Ángela Figuera, Javier de Bengoechea, Carlos Aurtenetxe, etc., precisando que el interés del escultor por todos los autores vascos le llevó incluso a leer con frecuencia poemarios de autores noveles. Como es lógico, en sus últimos años las influencias de las nuevas corrientes literarias fueron mucho menores sobre él, ya que, por un lado, él mismo se había convertido en punto de referencia para las jóvenes generaciones y por otro, aunque en las décadas de los 80 y 90, Oteiza experimenta un segundo período de gran creatividad poética, en esos momentos su fuerza motora ya no son las reflexiones sobre la vanguardia sino sus difíciles circunstancias existenciales.

Los autores citados en el artículo de Maraña son escritores vascos que escriben en lengua castellana. El conocimiento que tenía Oteiza de la lengua vasca, muy a su pesar, no era profundo, y por tanto no estaba en condiciones de apreciar la tradición de lírica en euskera que se desarrolló a lo largo del siglo xx. Sin embargo, procuró conocer la obra de estos autores y de reflexionar sobre ella. En “Oteiza Euskal Poesian” Jon Kortazar destaca que la principal aportación de Oteiza a la literatura escrita en lengua vasca fue la de servir de estímulo y modelo para otros. Por tanto, las relaciones que se establecen entre autores de este ámbito y Oteiza no son tanto de orden poético como cultural: muchos de los poetas dialogaron en sus escritos con él, tanto para admirarlo como para criticarlo. Kortazar destaca alguno de puntos de relación que tuvo con Lauaxeta (a quien no conoció), y con poetas como Juan San Martín (“Otsalar”), Vitoriano Gandiaga o Jon Mirande. Una mención especial merece Gabriel Aresti, cuya relación con Oteiza fue intensa y ambigua. Por un lado, Aresti le dedica en *Harri eta Herri* dos poemas, pero en ellos se puede descubrir una doble vertiente, de homenaje e ironía, que Kortázar analiza en el titulado “Q”, que lleva como subtítulo “A un profeta, queriéndoselo explicar a Jorge Oteiza”. Por otro lado, en sus últimos años Oteiza, que durante tiempo había mantenido una buena relación con Aresti, criticó duramente su teatro. En otro orden, Kortazar comenta la relación de Oteiza con otros estudiosos del mundo vasco, como Manuel de Lecuona, conocido por sus investigaciones sobre el arte y la poesía popular. Por último, explica las relaciones del guipuzcano con la última generación de escritores vascos (entre los que destaca a Atxaga): desde un punto de vista ideológico, estos últimos, defensores de un País Vasco plural, ven a Oteiza como monolítico y esencialista.

El cuarto de los estudios introductorios corre a cargo de Jose Ángel Ascunce, quien analiza *Androcanto y sigo*, el primer poemario de Oteiza. El subtítulo del libro, inequívoco, es “Ballet por las piedras de los apóstoles en la carretera”, y hace alusión al conocido hecho histórico del inicial rechazo de las figuras de apóstoles que Oteiza esculpió para la basílica de Arántzazu: las tallas rechazadas acabaron en la cuneta de la carretera. Tampoco el libro lo aprobó la censura, pese a lo cual fue editado en versión muy reducida según la fórmula “pro manuscrito”. Está compuesto por catorce poemas (como catorce son los apóstoles que hoy sí ocupan el friso de la portada de la basílica) de características formales muy vanguardistas y de hondo trasfondo antropológico y religioso. Ascunce lo define como “grito de rabia y desahogo, pero también de fe y de esperanza” (143). Al analizar las cualidades de la obra, el estudioso subraya las estructuras simbólicas y parabólicas de Oteiza, que trasciende la anécdota originaria para hablar de manera radical de temas como el fracaso del artista o su choque con las fuerzas sociales. De este modo aparece un poeta aparentemente oscuro y complejo, pero profundo, incisivo y directo, que trasciende la mirada común para entablar un diálogo muy personal con Dios que transmite a través de su palabra.

Este último aspecto es el que recoge Insausti, editor del volumen, en su largo artículo “El celo del profeta: una constante en la poesía de Jorge Oteiza”. Estudia en él una de las características más llamativas de toda la obra oteiciana: sus raíces bíblicas y la postura “inoficial, heterodoxa, independiente, carismática” (168) del poeta, que habla como quien tiene conciencia de una misión. Insausti recoge así una propuesta que ya planteaba el propio Oteiza en *Androcanto y sigo* y que continuó Aresti en “Q” (*Harri eta herri*), pero rastreando sus raíces en la poesía romántica y en los medios a través de los cuales pudo llegar esta tradición al poeta vasco.

Analiza en este recorrido a los que fueron sus modelos en los inicios de la escritura poética oteiciana. El primero de ellos, León Felipe, también utilizaba este lenguaje bíblico muy conscientemente: su huella puede observarse no solamente en las coincidencias textuales, sino también en los recursos formales (anáforas, letanías, paralelismos, etc.) de los que Felipe se servía para reescribir de modo nuevo las narraciones bíblicas. También Oteiza tiene lazos comunes con Larrea en cuanto a la forma de sus poemas, pues ambos cultivaron con éxito el creacionismo. Sin embargo, es más importante el objetivo que comparten de interpretación de la cultura (en el caso de Larrea la hispanoamericana, en el de Oteiza cada vez más la vasca) a través de las grandes categorías estéticas de la intuición y la analogía. La tercera gran figura a la que Insausti hace referencia es Neruda, el Neruda épico del *Canto general* que busca la liberación de un pueblo cautivo hablando desde las piedras: el atractivo que pudo tener para Oteiza es evidente. Y por último nombra a Pablo de Rokha, poeta vanguardista y de quien admiró la actitud cívica de compromiso y activismo. A todos ellos les unía, además, la admiración por Walt Whitman, de quien Oteiza aprenderá “un modo distinto de articular el yo con el mundo circundante: considerar al poeta en comunión con una entidad superior, calificarlo como vehículo sin sustraerle su individualidad; en suma, encomendarle una misión”

(200). La entidad superior a la que aquí se refiere Insausti es, en caso del escultor guipuzcoano, el País Vasco. Desde este punto de vista, defiende que toda la obra de Oteiza y su imagen pública a partir de su establecimiento definitivo en su tierra se pueden entender como un intento de comprenderse a sí mismo y de aprehender el alma de su pueblo desde un carisma estético ajeno a las instituciones.

En su conjunto, estos cinco artículos cumplen ampliamente la tarea de abrirnos el camino hacia la poesía de Oteiza. Trazan una red de referencias, dentro de la poesía vasca y también en el contexto de la poesía internacional, que nos permiten situar la obra del escritor vasco en el amplio panorama de la literatura del siglo xx. Al mismo tiempo, dejan también muchas pistas que invitan a seguir estudiando esta obra, muy especialmente en su aspecto más estético, aunque en este sentido hay que decir que se echa en falta una aportación que haga un análisis formal de la obra que se presenta.

No quiero dejar de destacar el cuidado de la edición en su aspecto más formal. Oteiza escribía sus versos con grafías particulares, y añadía en muchas ocasiones fotografías y dibujos como parte integrante del poema. En su obra, la composición espacial, los espacios en blanco y los bloques de textos tienen un valor muy significativo. El escritor busca también captar la mirada del lector a través de otros signos gráficos como cursivas, negritas o mayúsculas y llamar la atención con marcas como las repeticiones onomatopéyicas. Es decir, que como obra vanguardista (y como obra de escultor) tiene un fuerte componente visual. El editor ha respetado con pulcritud esta característica de la obra, que Oteiza exigía en sus publicaciones y que tantos quebraderos de cabeza dio a las editoriales que publicaron sus primeras obras. Sin embargo, ha optado por dejar el texto de la traducción (que se presenta en páginas enfrentadas al original) en una columna única, para no introducir ningún criterio de composición espacial ajeno al trabajo original del autor.

Como explica Juan Huarte en el prólogo, el mundo interior de Oteiza se expresa tanto por medio del hierro como a través de las palabras. Con esta edición podemos atisbar el panorama que nos descubre esta segunda vía, prácticamente inexplorada hasta ahora.

Rosa Fernández Urtasun
Universidad de Navarra

ROBERTS, Stephen G. H. *Miguel de Unamuno o la creación del intelectual español moderno*. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2007. 267 pp. (ISBN: 978-84-780-0349-5)

A cualquiera que esté familiarizado con la imagen de Unamuno fabricada por la abundante producción historiográfica disponible sobre su figura y su obra, la lectura del título de este excelente libro no lo puede dejar impasible. Y es que a estas alturas establecer una relación directa entre su persona y la cuestión de la emergencia en España del intelectual moderno –como se señala en el título– tiene algo de provoca-